

MISIONEROS AQUÍ Y AHORA

Queridos diocesanos:

La Jornada Mundial de las Misiones nos lleva a recordar que la evangelización es una tarea que atañe a todos los bautizados, sabiendo que "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". La misión salvadora de Cristo ha sido transferida a la Iglesia, otorgándole su Espíritu y configurándola como una comunidad de creyentes responsables de la salvación del mundo.

Los cristianos no somos meros entusiastas de Cristo y de su Evangelio, sino personas con el compromiso de que el Evangelio llegue a todas las gentes. Es el reto que Jesús puso sobre nuestra conciencia de creyentes. Por eso la vocación cristiana es vocación apostólica, misionera, evangelizadora. No podemos hablar de una vida responsablemente cristiana que, aun siendo fiel a los deberes personales, religiosos y morales, no ha tomado en serio su responsabilidad en el apostolado y ante la salvación de los demás.

Jesús, Luz del mundo

Este año Obras Misionales Pontificias ha propuesto a la Iglesia en España el lema: "**La Palabra, Luz para los Pueblos**", recordándonos como escribe el Papa en su Mensaje para esta Jornada que "objetivo de la misión de la Iglesia es en efecto iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento. Debemos sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana, bajo la paternidad amorosa de Dios". Quienes evangelizan son testimonio de la Iglesia evangelizada y evangelizadora. Sentimos la necesidad de estas personas no sólo en otras latitudes geográficas, también dentro de nuestra propia diócesis donde algunos han perdido la fe y otros han abandonado la Iglesia, habiendo desvirtuado sus raíces cristianas y olvidado los criterios morales fundamentados en el Evangelio. Nos damos cuenta cómo la ignorancia religiosa va favoreciendo la suplantación del Evangelio en amplias capas de nuestro pueblo, especialmente en las nuevas generaciones. La familia en no pocos casos ha dejado de ser un ámbito de formación humana y religiosa. Cambiar esta realidad es un reto que los cristianos han de afrontar con decisión y con la ayuda del Espíritu Santo. Es necesario anunciar a Jesucristo "con nuevo ardor, con nuevas expresiones, con nuevos métodos, con el fervor de los santos". En nuestras comunidades cristianas se perciben rutinas y cansancio, desilusión, y desánimo. Por otra parte, va generalizándose la idea de privatizar nuestra fe, resignándonos pasivamente, como si no estuviera llamada a tener una influencia en nuestra sociedad, sin que esto suponga que deseamos tener una posición privilegiada por parte de los poderes públicos y sin querer imponer nada a nadie.

El cristiano, luz del mundo y sal de la tierra

La Iglesia sigue siendo misionera. Jesús pide a sus discípulos que sean "luz del mundo y sal de la tierra", y "señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano". Así adquiere sentido para nosotros la responsabilidad misionera, conscientes de que Jesucristo es el único salvador de los hombres, el único que nos abre el camino al Padre, nos revela quienes somos realmente y nos descubre la dignidad de nuestra vocación. Esa salvación de Cristo es ofrecida a todos los hombres y mujeres sin distinción y a todos debe de llegar. Los bautizados en Cristo somos responsables en esa tarea, contando a los pueblos la gloria de Dios y sus maravillas a todas las naciones. Todo esto ha de llevarse a cabo en un clima de diálogo, de respeto, de búsqueda sincera y desinteresada de la verdad que nos hace libres y se realiza en el amor. No olvidemos que "el hombre es el camino de la Iglesia", especialmente "el enfermo y el desvalido, el marginado y el excluido, el abandonado, el inmigrante y el refugiado. Aquí se verifica la credibilidad de la Iglesia.

En nuestro mundo y en nuestra sociedad debemos comprometernos con la evangelización y con la promoción y el progreso humano que esa evangelización conlleva. Si apreciamos la riqueza que supone gozar de la verdad y de la gracia del Evangelio, del amor, de la fe y de la esperanza que nos aporta ser cristianos, no podemos menos de comunicarlo, es decir, de ser misioneros. Si no tenemos la experiencia de saber cómo nos enriquece la fe, difícilmente podremos colaborar a transmitir este don. Ciertamente también nosotros debemos aumentar la actividad, el esfuerzo, el aguante, la fuerza y la convicción de nuestra fe, animados por la gracia del Señor.

La vida al servicio de la misión

Hoy recordamos con el corazón, o lo que es lo mismo, agradecemos a tantos hermanos y hermanas nuestros que han dejado su tierra para acudir allá donde más se les necesita. Son los que están en contacto con la increencia y el agnosticismo, la indiferencia religiosa y el ateísmo. Misioneros y misioneras que sirven en la mesa de los más pobres del mundo, ofreciéndoles el pan de la Eucaristía, el pan material, y el pan de la cultura. Entregan sus vidas para ayudarles a liberarse del pecado y de la miseria humana, de enfermedades curables entre nosotros y que entre ellos causan estragos, y de hambres constantes que causan muertes de niños, adultos, ancianos; de opresiones e injusticias. Podemos sentirnos realmente orgullosos de ellos y de la labor que realizan en nombre del Señor, estando en la vanguardia de la Evangelización, al estilo de San Francisco Javier. Necesitan nuestra colaboración económica, nuestro apoyo, nuestra simpatía y nuestra oración. No los dejemos solos: estén cerca de nosotros o estén a miles de kilómetros.

Pidamos al Señor que nos haga fuertes en la transmisión de la fe; que anime y sostenga con su gracia la acción de nuestros misioneros; que el Evangelio llegue a todas las gentes; y que se fortalezca cada vez más el compromiso misionero entre los sacerdotes, miembros de Vida consagrada y laicos.

Os saluda con afecto en el Señor,

**+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela**